

La Sexta Bala



*Pues bien: temo morir, puesto que a ella
no le hace daño, sino que mata
a todo el que pretende acercarse a ella...*

Tobías, 6, 15



Sólo se dio cuenta de que algo iba mal cuando empezó a bailar con el gordo Rafael en la pista, en el mismo instante en que estaba cantando desde el escenario, junto a aquella dama pálida, de ojos profundamente verdes, larga melena cobriza y los labios rojos como bayas de fresno. ¿Cómo podía estar haciendo ambas cosas al tiempo? Se dispuso a reconstruir los acontecimientos del día, pero sólo consiguió remontar hasta el momento en que había despertado de la siesta.

Despertó, sí; eso es indudable. Durante un momento se dejó llevar por la sensación placentera de la vuelta a la verdad, pero pronto comprobó con disgusto que aquella no era su habitación. La cama se agrandaba a sus pies alcanzando horizontes azules. Las paredes se cernían amenazantes en los costados. Repasó con una sonrisa la pesadilla de la que acababa de salir.

Sobre todo eran nítidas las últimas imágenes del sueño: caído en el suelo de cualquier forma, se había mirado el pecho, la camisa con cinco agujeros carmesés de los que brotaba considerablemente la sangre. Se podía trazar una línea imaginaria uniendo los puntos ensangrentados. El resultado era un dibujo hermoso, el retrato del perfil de su vida, digamos, o al menos eso pensó en el sueño: cinco puntos que representaban, de una forma un tanto abstracta e incompleta, pero comprensible al fin y al cabo, algo así como los pasos atolondrados que había dado por la Tierra desde que naciera.

Pero conservaba otra imagen. En el sueño había levantado la cabeza y la había visto a ella. Estaba bellísima, más bella que nunca con el vestido negro y ceñido que se había puesto para matarlo, la melena lisa lanzando esos destellos rojos que anticipaban el color de su muerte.

Bien, un sueño espantoso. Pero la vida continuaba. Había que tomar varias determinaciones, no sabía cuáles. Por lo pronto se dispuso a incorporarse.

Salió de la habitación con la extraña sensación de que la puerta se había abierto para cumplir su deseo. Al entrar en la salita contigua la vio. Estaba sentada frente a un tocador, colgándose un pendiente dorado del lóbulos. Ella dio un respingo al sorprender su figura reflejada en el espejo.

—Eres tú. Me has asustado.

Se quedó allí mirándola, inmóvil. Quiso abalanzarse sobre ella y golpearla, pero no le respondieron las piernas. Ella seguía hablando.

—Te has vuelto a quedar dormido, y me daba pena despertarte. Vístete cuanto antes. Deberíamos haber llegado ya.

«Eres una zorra», pensó, pero no llegó a decirlo. Se dio la vuelta y volvió a entrar en la habitación de la cama infinita. Sobre una silla estaba su ropa. Caminó durante horas hasta alcanzar la silla. Luego procedió a ponerse la ropa: las mangas de la camisa se le perdían; no encontraba la abertura del cuello para sacar la cabeza; ¿por qué no había desabrochado los botones antes? Resultaba desesperante que en aquella habitación todo fuera traslúcido, todo estuviera a punto de desaparecer.

Cuando volvió a la salita en la que ella se estaba arreglando, comprobó que ahí las cosas funcionaban mejor. Ella se había puesto en pie. Seguía vuelta hacia el espejo, con la cremallera del vestido bajada, mostrando parcialmente su espalda blanca y adorable.

—Abróchame esto, ¿quieres?

Lo que quería era salir de ahí y olvidarla para siempre. Sin embargo cruzó la estancia y llegó junto a ella. Puso una mano sobre una de sus nalgas, real como nada en este mundo, y con la otra alzó la cremallera. Al llegar arriba acercó el rostro al cuello y lo besó. Entonces se miró en el espejo. Había envejecido bastante. Al lado de aquella mujer, que concluía en el reflejo un íntimo gesto de desagrado, era solamente un despojo. Por eso le pesaban las piernas. Vio sobre el tocador un paquete de tabaco. No le vendría nada mal un cigarrillo.

—Ya no fumas —dijo ella adelantándose a coger el paquete.

«Haz el favor de dejarme en paz.» No llegó a decirlo, pero estuvo a punto. Sin siquiera dirigirle una mirada, ella cogió su bolso, que colgaba de la silla, y se dirigió hacia la puerta.

Conducía él. Hay que reconocer que iba bastante deprisa. «En la próxima curva lanzo el coche por el acantilado. Quiero saber cómo es su cara con un gesto repentino de terror. Sería un placer inmenso. No soporto verla así, igual que siempre, nítida como la peor de las pesadillas. Seguro que se estrella con el coche. El

depósito estallará. Probablemente comenzará a arder por la melena.»

Cuando llegaron a la fiesta aparcó en batería al final de una larga fila de coches. Hacía buena noche, la verdad. Daba gusto. Y el palacete tenía un aspecto magnífico. Al entrar, un joven desconocido, vestido de chaqué, de rostro afilado y cuerpo extravagante, se abalanzó sobre ella.

—Abuelo, se la robo un momento. Ven a bailar, Sara.

¿Sara? ¿Se llamaba Sara? No le sonaba. Sería su nombre artístico.

Sara se fue con el joven extravagante, espléndida, con una aureola y torno a la cabeza. En un corro formado por algunos tipos con pinta de millonarios se hizo el silencio cuando pasaron cerca los dos. La miraron a ella todos con deseo, al unísono y al trasero, mientras se alejaba cogida del brazo de aquel imbécil.

En cierto modo se había librado de ella. Se acercó a uno de los camareros y lo detuvo. Iba a pedirle una copa, pero se quedó pensativo ante él, mirándolo con ojos de besugo.

El camarero le devolvió la mirada. Aquello duró bastante, más de la cuenta. Notó que los millonarios parlantes contemplaban la escena, de nuevo al unísono. Se dio la vuelta y se alejó del camarero.

En una mesa del jardín había unas señoras cotorreando. Llegó junto a la mesa y observó los vasos, la mayoría con refrescos de colores; pero en uno brillaba un líquido ambarino. Fuera lo que fuera, lo arrebató de un manotazo, sin hacer maldito el caso de los improperios que las viejas le lanzaban. Se acercó la copa a la nariz con gesto de catador. No olía a nada. Ya estaba con la copa en la boca, bebiendo ávidamente, cuando le dieron un tremendo manotazo en la espalda. Escupió el líquido al atragantarse, y aún tuvo que soportar el abrazo de oso que lo atenazaba por la espalda, inmovilizando.

—Sorpresa, ¿eh? ¿Quién soy?, ¿eh? ¿Quién soy?

«Si consigo soltarme le estampo el vaso en la frente, lo pateo en el suelo y echo a correr. Sea quien sea», pensó. Pero cuando el otro lo dejó, después de pasear a grandes zancadas por distintos lugares del jardín con él pateando ridículamente al aire, no hizo nada de eso.

—Me llamo Rafael, y he venido a esta casa a divertirme un poco —dijo el



oso, después de carraspear con aire sermoneador—. Creo que he cometido un grave error, pero le aseguro que de espaldas se parece usted a mi amigo Tobías. ¿Me permitirá que le llame Tobías, entonces? Es muy amable de su parte.

El nuevo Tobías estaba intentando largarse. La impotencia debió de reflejarse en su cara, porque Rafael puso cara de entender bien:

—Claro, claro, lo había olvidado. No puede hablar. Pero eso tiene fácil solución. Pruebe otra vez. Preocúpese tan sólo de expresar sus íntimos deseos, sinceramente. Vamos.

—¿No tendría un cigarrillo, por favor? —exclamó Tobías. Le había salido una voz cascada de viejo, aunque algo era algo.

—Eso está mucho mejor, pero siento decirle que ya no fuma.

Rafael se encendió un pitillo en las mismas narices de Tobías. Aspiró una calada profunda y luego tosió un poco.

—Puro veneno es esto, desde luego. Yo también tengo que dejarlo.

Pasearon los dos con las manos a la espalda por entre los grupos de invitados. Rafael acabó el cigarrillo y lo tiró con gesto displicente. A punto estuvo Tobías de lanzarse al suelo a dar las últimas caladas, pero ya Rafael lo estaba pisando, restregando la suela del zapato sobre la hierba verde.

Las cristaleras dejaban ver el interior de la sala principal del palacete, en donde bailaban los más jóvenes vestidos con exquisita elegancia. De entre todas las parejas destacaba la que formaban Sara y el joven extravagante del chaqué. Danzaban poseídos por la música. Tobías los imaginó enzarzados en otro baile. Por un momento los vio ahí, solos, cabalgando asquerosamente unidos, con la lengua fuera, jadeando como si fueran a morir de placer.

—Asmodeo convierte el baile más inocente en una verdadera porquería —comentó Rafael—. No me va a creer, pero le envidio a usted: por los celos; para mí hace ya tanto tiempo... Es una envidia sana, por supuesto.

Entraron en la sala y se pusieron a bailar también los dos, cogidos como una pareja de enamorados. Al principio a Tobías no le pareció mal su pareja, pese a que objetivamente Rafael era muy gordo; pero luego fue comprobando que la cosa no resultaba agradable en absoluto. Bailaba

bastante mal; no había forma de abarcarle la cintura en el abrazo. Estarían haciendo el ridículo. Y, encima, cada tres o cuatro pasos, recibía un pisotón.

Y, definitivamente, la música no ayudaba. Una melodía desacompasada, cantada con excesiva dejadez a dos voces. Una femenina o de eunuco, aguda como un cuchillo:

*Siete balazos como lechuzas
Para los que no glorifican a su dama.
Siete agujeros negros
En sus pechos descuidados...*

¿Y la otra voz? La otra voz, bastante más grave, no podía ser más que... su propia voz. Volvió la cabeza hacia el escenario. Allí estaba él mismo, con un micrófono en la mano, cantando junto a una señora sumamente inquietante, como queda dicho. Al tiempo, desde arriba, se vio bailando junto a Rafael. Se saludó con gesto doblemente estúpido: desde el escenario y desde la pista; sin dejar de cantar y sin dejar de bailar. Fue entonces cuando comprobó que algo andaba mal, e intentó en vano remontar el día, evocar más allá del momento en que se había despertado. Lo intentó una y otra vez, y casi le estalla la cabeza: recordaba el final de la siesta, y luego todos los pasos hasta el momento en que se saludaba a sí mismo desde posiciones tan diferentes. Y entonces recordaba que se había puesto a recordar, y vuelta a empezar, y otra vez, en espiral, continuamente hacia dentro del recuerdo.

El bailarín Tobías dejó el asunto al tiempo que lo abandonaba el cantante Tobías, con sendos gestos de enfado. Su parte bailarín intentaba acercarse a la pareja que formaban Sara y Asmodeo, principalmente para oír lo que aquel tipo tan desagradable le estaba murmurando al oído a la chica. Le intranquilizaba verla así, como borracha, dejándose llevar por él y doblándose de risa cada vez que le acercaba los labios a la oreja. Se estaba exponiendo en público. Pero resultaba poco menos que imposible manejar a Rafael, que se movía como una estaca.

—Disculpe. He vuelto a pisarle. Soy un verdadero tostón.

*...El primer balazo borra el día infaus-
to en que nacieron...*

Cantó eso mirando fijamente a la can-

tante, que se retorció sinuosa a su lado, como una serpiente a punto de saltar, oculta entre las flores.

*...El segundo desprecia su infancia
fugaz;*

*Otro para maldecir su blando sexo
juvenil,*

*Y, para acabar con la fe en los estú-
pidos razonamientos,*

*Hay una cuarta bala en la recáma-
ra...*

Desde el escenario sintió vergüenza ajena de sí mismo, al presenciar la torpeza con que su parte bailarín, en brazos de Rafael, lograba a duras penas acercarse a Asmodeo y a Sara. Una vez allí, se inclinó, arrimándose lo suficiente como para escuchar a Asmodeo. Y lo que oyó no le hizo ninguna gracia.

—Ahí vienen, ¿has visto? —estaba diciendo con voz de tenor—. Son tal para cual, Rafael y el viejo. ¿Cómo puedes desperdiciar así la juventud? Una mujer perfecta como tú, convertida en su enfermera...

Sara se moría de risa. Contagió a Rafael, que tuvo que parar de bailar. Tobías sintió un alivio tremendo cuando el gordo lo soltó. Rafael saludó entonces a Asmodeo tendiéndole la mano. Parecía que se conocían bien.

—Tenemos que irnos ya —le dijo Asmodeo a gritos—. No aguanto más la canción. Además, estas cosas no esperan.

—Claro, claro —reconoció Rafael; y dirigiéndose a Sara—: estamos fuera, cavando otra tumba.

Se alejaron los dos mientras, en el escenario, la dama sinuosa cantaba mirándolo. Y abajo, Sara, lo mismo:

*...El quinto balazo desordena el cere-
bro en la vejez...*

Sólo entonces supo que no estaba despierto. Sara lo miraba con ojos vidriosos, risueña y seductora. Estaba soñando, se dijo; quizá en el delirio que precede a la muerte, o peor aún: en el posterior. Se dispuso con todas sus fuerzas a mantenerse vivo: vivo en el sueño. Otra cosa era la realidad, en donde había abandonado para siempre su cuerpo, su cadáver, se dijo, para ingresar repentinamente y sudando en un sueño. En la realidad, aquella mujer, Sara, le había descerrajado, con gesto elegante, un tiro, o cinco, sobre el pecho.



...Pero el más dulce es el sexto, tras el beso.

El balazo de los celos, dulce y doloroso...

Sara no quería bailar más. Se encontraba agotada. Subió obediente tras ella por una escalinata. Se volvió para ver en qué situación quedaba. Desde el escenario respondió a la mirada encogiéndose de hombros, sin dejar de cantar:

...Y un balazo más en el nombre de la bella Muerte,

Hermana de los sueños y como ellos inesperada.

Siete, siete balazos

Para los que no glorifican a su dama.

Al final de la escalinata comenzaba un largo pasillo flanqueado por habitaciones. Sara entró en una y él la siguió, cerró la puerta y se dio la vuelta. Estaban de nuevo en la salita del tocador. Sara volvió a sentarse allí, y comenzó a descolgarse con parsimonia uno de los pendientes dorados. «Será mejor alejarse mientras se desnuda —pensó Tobías—. Nadie puede soportar un brillo así, la piel blanca iluminando la habitación en un destello cegador.»

Tomó por la puerta acostumbrada sabiendo que lo esperaba un interior de cristales resquebrajados. Cien veces más estrecha y oscura que antes, la habitación se alejaba con paredes disformes que semejaban el interior de una ballena. Recorrió el lugar silbando.

Siete balazos como lechuzas...

Al fondo se encontraba Asmodeo, sentado en un sillón de orejas, con las piernas cruzadas y un vaso en la mano. Junto al sillón había una mesita con una botella y otro vaso. Asmodeo le invitó a servirse con una sonrisa insolente de anfitrión. Pero luego, cuando Tobías se disponía a beber, le lanzó un manotazo que dio con el vaso en el suelo.

—No hay forma de que aprendas —exclamó con su voz afeminada—. Reconozco que tanta tozudez acabará pro-

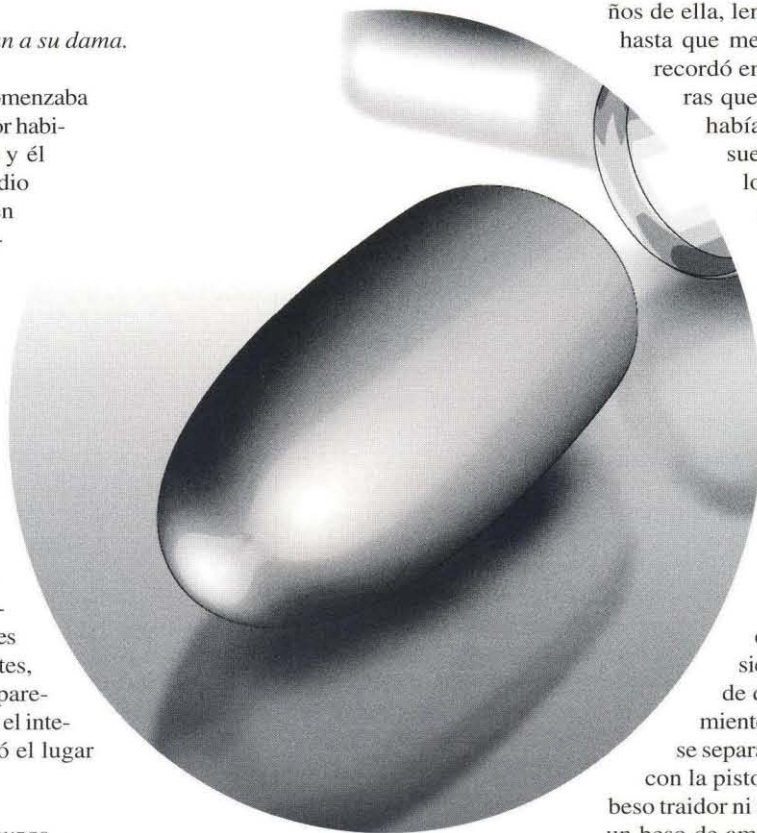
vocándome cierta simpatía.

A Tobías le temblaban los labios. Sin embargo consiguió hablar, por segunda vez:

—¿Qué tengo que hacer?

—La pregunta adecuada sería: ¿puedes hacer algo todavía? Y sí, sí puedes.

Asmodeo hizo una pausa aquí. Bebió un sorbo largo. «Daría un brazo, el brazo derecho, por fumarme un cigarrillo», pensó Tobías. Y contempló el vaso roto, el líquido derramado por el suelo. Asmodeo no perdía la sonrisa:



—Sólo hay dos formas de besarla, y las dos llevan a lo mismo. Pero si no la besas, si no la besas... No sé para qué estoy diciendo esto. Resulta completamente inútil.

Entonces se abrió la puerta. Cuando entró Sara se hizo la oscuridad en la estancia. La figura de Asmodeo se diluyó poco a poco, mientras bebía otra vez de su vaso siempre rebosante.

—¿Estás ahí, cariño? No consigo verte. ¿Eres tú?

Sara hablaba desde el umbral. De su silueta a contraluz se adivinaba una hombrera del vestido caída, que exponía descuidadamente la desnudez de un pecho blanco.

—Sigues ahí, pero cada vez más borroso —continuó, dulce y hermosa— Voy a sentirme mal cuando venga y ya no estés. Has resultado una pesadilla cómoda, de esas que apagan los remordimientos en vez de avivarlos. Venga, acércate. Esta vez quiero besarte.

Entonces acabó de comprender. Aquel sueño no era suyo. En realidad, ¿cómo podía soñar un cadáver? «Así que consiste en esto —se dijo—. Vago lento por los sueños de ella, lento y cada vez más difuso, hasta que me olvide para siempre.» Y

recordó entonces con pesar las figuras queridas y desaparecidas que había evocado en sus propios sueños, cuando vivía. Por eso lo miraban siempre con aire de pánico: sabían que acabarían siendo olvidados.

De ahí sus gestos exagerados, sus manotazos al aire para llamarle la atención cuando algo estaba a punto de despertarlo. «¿Cómo se atormenta a alguien que está durmiendo, desde el sueño?», se preguntó.

Pero era ya algo tarde. Se acercó como ella pedía. Saboreó el beso que estaba esperando desde siempre. «No ha sido un beso de despedida, ni de reconocimiento —pensó al final, mientras se separaba y ella extendía el brazo con la pistola empuñada—. No es un beso traidor ni un beso de esposa. Ha sido un beso de amor, absoluto como un disparo, el más dulce y doloroso.»

Caído en el suelo contempló el sexto balazo en su pecho, que casi completaba el desconcertante dibujo de su vida. Y luego, antes de cerrar los ojos por penúltima vez, la vio a ella, terrible como nunca, con el seno izquierdo al aire.

Al tiempo, en el escenario, el cantante Tobías dejaba correr una lágrima cristalina por el moflete, sabiendo más o menos lo que le esperaba.